

NUEVA RURALIDAD: ANTROPÓLOGOS Y GEÓGRAFOS FRENTE AL CAMPO HOY

*Patricia Arias**

RESUMEN

Los estudios antropológicos y geográficos recientes han dado cuenta de lo que parecen ser dos modalidades de una nueva ruralidad. Por una parte, los estudios que realizan sobre todo los antropólogos con respecto a que, con la existencia de procesos de diversificación y especialización endógena de economías y espacios antes asociados a actividades agropecuarias, se ha logrado redefinir de manera drástica la orientación de las economías locales y su entorno. Por la otra, los geógrafos, a partir de la ciudad y de la dinámica de la urbanización, han llamado la atención acerca de los nuevos fenómenos que se perciben en los espacios, urbanos y rurales, por haber pasado a formar parte de extensos y complejos espacios metropolitanos, y modificar, entre otros aspectos, la relación tradicional entre el campo y la ciudad.

LA VIEJA RURALIDAD

Para comprender la dinámica y las modalidades de la vida rural que se observan en la actualidad, y que se asocian con la emer-

* Departamento de Asuntos Internacionales de la Universidad de Guadalajara.

gencia de una nueva rusticidad, hay que referirse a los procesos e intereses que dieron lugar a la vieja ruralidad, o sea, esa larga y persistente sinonimia entre la vida rural y el quehacer agrícola. Es decir, hay que tomar en cuenta ese largo periodo de la historia mexicana en que se pensó, representó y actuó como si lo único que allí existiera, definiera y organizara las economías rurales fueran las actividades agrícolas de la gente del campo.

Hoy podemos entender que esa sinonimia fue el resultado de un largo y complejo proceso histórico donde confluyeron distintas vertientes y se entreveraron múltiples intereses. El proceso es viejo, de hecho comenzó con la Revolución Mexicana, uno de cuyos detonadores fue, como es bien sabido, el despojo a los campesinos a los que la revolución triunfante tuvo que resarcir, en lo económico, con dotaciones de tierra y con el reconocimiento de derechos en términos políticos (Womack, 1969). Como bien decía Arturo Warman (1980) después de 1910 los campesinos se convirtieron en los hijos predilectos del régimen.

Esa predilección, que supuso un proceso transitorio y ambiguo de “campesinización”, se convirtió también en una relación de dependencia y complicidades entre las sociedades rurales y el estado posrevolucionario; hasta el punto que, como decía, Roger Bartra (1974), los campesinos terminaron uncidos al aparato estatal: a través de la Confederación Nacional Campesina (CNC) afiliada al partido oficial (PRI) daban apoyo político a los sucesivos gobiernos emanados de la revolución. A cambio, diversas secretarías de estado y programas de desarrollo agrícola, se encargaban de dotar a la gente del campo de tierras —aunque cada vez menos— y de recursos —préstamos, subsidios, precios de garantía, seguro ante siniestros, asesoría técnica, obras de infraestructura— para mantener la producción de granos y productos básicos que garantizaban el abasto urbano de alimentos y, al mismo tiempo, aseguraban la subsistencia de las familias campesinas

(Warman, 1980), cuya lógica de producción era la reproducción de la “economía campesina”. Para Arturo Warman, “el campesino es el segmento social que a través de una relación productiva con la tierra logra subsistir sin acumular” (1980: 119). Aunque aclaraba, la “relación del campesino con la tierra no excluye que tenga otras actividades productivas, más bien, por el contrario, a veces las requiere como complemento” (*Ibid.*: 117).

Pero en la práctica de la toma de decisiones e incluso en el quehacer académico las “otras” actividades de la gente del campo permanecieron al margen de planes, programas y análisis. Para fines políticos y de desarrollo rural el campesino era, seguía y seguramente seguiría siendo un productor agrícola. De ese modo, hasta la década de 1990 predominó una noción bastante compartida, que no explícita, de que el mundo rural seguía teniendo las mismas características y estaba sometido a las presiones y tensiones de siempre y que, por lo tanto, sus respuestas a los cambios y crisis eran y seguirían siendo fundamentalmente similares, es decir, por la vía del desarrollo agrícola. El supuesto común de las acciones e investigaciones de esos años era que las sociedades rurales eran, a fin de cuentas, bastante homogéneas. En la práctica, esa manera de concebir al campesinado tuvo tres grandes consecuencias.

En primer lugar, tendió a diluir la complejidad y variedad de sociedades, situaciones, condiciones y transiciones rurales que, como señalaba Luis González (1989), han existido siempre en el campo mexicano. Desde el punto de vista de los organismos gubernamentales orientados al desarrollo agropecuario, era más fácil concebir y tratar con un solo tipo de campesino y un único destino rural, que tener que vérselas con gente que no sólo vivía en paisajes muy diferentes, sino que además pensaba, hacía y quería las cosas de maneras distintas.

En segundo lugar, permitió ocultar, durante mucho tiempo, que en el campo se había suscitado una gran transición: el paso de una economía basada en el equilibrio entre lo que los campesinos producían y consumían, a una economía donde habían cobrado cada vez más importancia los ingresos en efectivo obtenidos de manera regular. Es decir, las familias campesinas tenían que vérselas, cada vez más, con necesidades monetarias cotidianas que no se regían por los calendarios e ingresos estacionales de la producción agrícola. Los ingresos en efectivo se habían convertido en una prioridad central de la familia campesina asediada por demandas que tenían que ver con la educación de los hijos, la necesidad de nuevos productos, y con nuevas prácticas de consumo (Arias y Wilson, 1997; Estrada, 2002). Se trataba, a fin de cuentas, del paso de una sociedad de productores de autoabasto a una sociedad donde los campesinos eran también y, cada vez más, consumidores. La intensificación de las luchas campesinas que se dio a partir de los años setenta puede haber tenido que ver, en parte, con el agotamiento de esa concepción estrictamente agrícola del mundo rural que, sin embargo, no logró ser explicitada de esa manera (Rubio, 1987).

En tercer lugar, impidió entender y evaluar el peso creciente, más allá de la noción de “complementariedad”, que había cobrado la migración laboral estacional, sobre todo femenina, hacia las ciudades (Arizpe, 1978) en la dinámica y organización económica de la familia campesina y de los hombres a Estados Unidos (Massey *et al.*, 1991) así como la intensificación de actividades no agrícolas, a cargo, muchas veces, de las mujeres del campo (Arias y Wilson, 1997). Como han mostrado diversos estudios antropológicos, desde los años setenta, a lo menos, las remesas enviadas al campo por las mujeres que migraban a trabajar a las ciudades y de los que llegaban como resultado de la migración masculina a las grandes urbes y a Estados Unidos, apoyaron la

persistencia de la agricultura y la permanencia de la gente en el campo (Arizpe, 1978; Estrada, 2002; Massey *et al.*, 1991; Vázquez, 2000).

En esos años, conseguir ingresos regulares y en efectivo tenía un costo elevado para la gente del campo: suponía el desplazamiento a las ciudades, es decir, el desarraigo y la separación, temporal o permanente, de algunos miembros, por lo regular, hombres y mujeres jóvenes de las familias campesinas. Es decir, el acceso a los mercados de trabajo no agrícolas suponía, de manera casi inevitable, una migración rural-urbana de larga distancia y de larga duración (Arizpe, 1978).

De esa manera, puede decirse que los recursos monetarios que provenían del exterior parecen haber apoyado y pospuesto, al menos para el imaginario oficial, los profundos cambios económicos y laborales que requerían y comenzaban a experimentar las sociedades rurales en México. La asociación entre sociedad rural y producción agrícola fue, sobre todo, una construcción social que sirvió para delinear y organizar, durante décadas, la relación entre el Estado y los campesinos. Con el tiempo, esa construcción social se convirtió en una maraña de intereses y complicidades que impidieron percibir, entender, analizar y enfrentar los cambios que se habían gestado en las diversas sociedades rurales del país.

En términos porcentuales la población dedicada a actividades agropecuarias decreció de 39.39% en 1970 a 22.65% en 1990 y a 15.82% en el año 2000. Esas proporciones, aunque generales, sugieren que se han producido modificaciones muy drásticas en el empleo y las actividades productivas tradicionales de la gente del campo tanto dentro de las comunidades como en los espacios regionales. De hecho, lo que se constata de manera indudable es un intenso, complejo, variado y cambiante proceso de diversificación de actividades económicas y del empleo en

comunidades y microrregiones anteriormente definidas como espacios agrícolas. Es la nueva rusticidad.

Hasta ahora los estudios antropológicos y geográficos han dado cuenta de lo que parecen ser dos modalidades de nueva ruralidad. Por una parte, y en estos fenómenos han hecho hincapié sobre todo los antropólogos, se ha constatado la existencia de procesos de diversificación y especialización endógena de economías y espacios anteriormente asociados a actividades agropecuarias que han logrado redefinir de manera drástica la orientación de las economías locales y su entorno. Por lo regular, los procesos de diversificación-especialización se han desarrollado sobre todo a partir de ciudades pequeñas y medias. De ese modo, puede decirse que los antropólogos han llamado la atención sobre los cambios que se han desatado en y desde las sociedades rurales.

Por otra parte, y de estos fenómenos se han preocupado sobre todo los geógrafos, se constatan las transformaciones socioespaciales desencadenadas por el intenso proceso de metropolización que han modificado, entre otras cosas, la relación tradicional entre el campo y la ciudad (Cruz, 2003; Ramírez y Arias, 2002). A partir de la ciudad y de la dinámica de la urbanización, los geógrafos han llamado la atención acerca de los nuevos fenómenos que se perciben en los espacios, urbanos y rurales, que han pasado a formar parte de extensos y complejos espacios metropolitanos (Ramírez, 2003).

LA NUEVA RURALIDAD DESDE LAS SOCIEDADES RURALES

De acuerdo con lo que nos enseña la etnografía, la nueva ruralidad en tanto cambio económico asociado a dinámicas de diversificación en sociedades rurales y economías anteriormente orientadas hacia la agricultura, ha dado lugar a fenómenos de especialización económica que pueden entenderse como proce-

sos novedosos de desarrollo local. Estos procesos han modificado tanto la dinámica económica dentro de las comunidades como en sus relaciones y articulaciones externas. Lo que es común en esas experiencias de especialización endógena es que la agricultura ha dejado de ser el eje articulador de las economías locales, así como la base de la supervivencia de las familias rurales. La explotación de la tierra, ligada exclusivamente al quehacer agrícola resulta, hoy por hoy, inviable para garantizar la supervivencia de la mayor parte de las familias que viven en el campo.

¿Por qué en ciertas sociedades se han dado procesos de diversificación-especialización exitosos? En general, puede decirse que esa nueva rusticidad ha sido el resultado de tres procesos muy interrelacionados. En primer lugar, por la manera en que ciertos grupos locales han captado las tendencias y enfrentado las metamorfosis externas (asociadas sin duda a la globalización) en las que sus sociedades se encontraban irremediabilmente inmersas. En segundo lugar, por la habilidad de los grupos locales para reelaborar y readecuar las trayectorias locales para insertarse, de algún modo, en las tendencias actuales de la economía y el trabajo. Finalmente, por cómo los grupos locales han logrado redefinir su espacialidad y rediseñar sus articulaciones espaciales. De esa manera, puede decirse que la nueva ruralidad ha sido el resultado de procesos locales intensos y complejos de búsqueda de alternativas económicas y de sistemas de trabajo que han podido mitigar la pérdida de actividades y empleos agropecuarios por parte de las localidades, su gente, su historia, sus recursos.

La bibliografía etnográfica ha dado cuenta de dos grandes sectores de actividad económica asociados a procesos de diversificación y especialización. En primer lugar, una amplia y consistente especialización manufacturera en localidades de por lo menos 11 estados de México. En Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco, Estado de México, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Pue-

bla, Tlaxcala, Yucatán y Zacatecas se han identificado localidades rurales y ciudades pequeñas y medias tradicionalmente asociadas a actividades agropecuarias que hoy por hoy pueden ser definidos como espacios eminentemente manufactureros (Abrahamer Rothstein, 2003; Aranda, 1990; Arias y Wilson, 1997; Barrios Hernández y Santiago Hernández, 2003; Carrillo Flores y Ruiz Cuéllar, 1990; Cook, 1990; Crumment, 1992; Estrada, 2002; García, 1984; Guerrero, 1999; Montoya, 1981; Peña y Gamboa, 1989; Saraví, 2003; Treviño, 1988; Vangstrup, 1995 y 1999; Wilson, 1990).

La actividad que más se ha extendido por la geografía rural mexicana es la producción especializada de alguna prenda de vestir o artículo para el hogar: pantalones de mezclilla, prendas de tejido de punto o ropa de confección sobre todo femenina, ajuares de bebé, vestidos de novia y de fiesta, trajes, blancos y enseres domésticos. En segundo lugar, la fabricación de calzado y tenis. En menor escala, existen localidades especializadas en la fabricación de muebles de madera o de metal, de esferas navideñas de vidrio soplado, de balones de futbol, de globos, de guantes industriales (*ibid.*). Serían los casos sobre todo de San Francisco del Rincón, Guanajuato, donde se producen zapatos, tenis y sombreros; de Moroleón, en Guanajuato, donde se fabrican prendas de tejido de punto y cada vez más también de confección; de Zapotlanejo y Villa Hidalgo, en Jalisco, donde existe una importante producción de prendas de vestir; de Ocotlán, también en Jalisco, donde se fabrican, por ejemplo, muebles de bajo costo; de Huexotla, en el Estado de México, donde se elaboran sacos y trajes de hombre (Arias, 1992; Arias y Wilson, 1997; Montoya, 1981; Vangstrup, 1999).

La otra actividad económica especializada de origen local y repercusión regional es la producción agroindustrial o, si se quiere, las llamadas ganaderías industriales. Aunque menos docu-

mentada en la literatura, son expresiones de la nueva ruralidad la producción de puercos, aves y pollo en el eje La Piedad-Puruándiro en Michoacán, la producción de pollo y huevo en la microregión de Tepetitlán, en los Altos de Jalisco, la ganadería de leche y la producción de quesos en Xalmimilulco, en el estado de Puebla (Cesín Vargas *et al.*, 2002; Zaragoza, 1991).

Esas microespecializaciones productivas se insertan, hasta ahora, en tres esquemas de desarrollo cuyas características y repercusiones sobre las dinámicas local y regional resultan diferentes. En primer lugar, están las localidades, por lo regular una ciudad pequeña, donde la actividad especializada se ha convertido en la principal actividad económica de la comunidad, lo que ha supuesto el desarrollo de una serie de actividades conexas y articuladas que potencian aún más la especialización productiva y laboral, y el empleo. Esta sería propiamente una forma de nueva ruralidad endógena exitosa. En general, los iniciadores del proceso de especialización han sido familias y grupos locales que han logrado mantener el control de la dinámica productiva. En verdad, la especialización conlleva tres características centrales que la hacen viable, atractiva, reproducible: se trata de actividades donde mucha gente puede insertarse en diferentes niveles, en distintos momentos; los empresarios son gente de la localidad que ha emergido de trayectorias reconocidas que pueden ser repetibles y, la práctica del oficio y del negocio es la principal vía de aprendizaje empresarial.

La proliferación de empresas especializadas, sus articulaciones, el desarrollo de actividades relacionadas, ha llevado a pensar que se trata de ejemplos de desarrollo local similares a los de los distritos industriales de Italia (Cento Bull y Corner, 1993; Fua, 1985). Sin embargo, los ejemplos italianos de la asociación empresarial y la comercialización de la producción revelan grados y niveles mucho más complejos y dinámicos que los que se obser-

van en México. Aquí, salvo honrosas pero escasas excepciones, la competencia, más que la cooperación organizada sigue siendo el principio que guía las acciones, reacciones y coordinaciones de los actores sociales. Por otra parte, los distritos industriales europeos han sido atendidos de manera eficiente por el Estado; algo que tampoco ha sucedido en el caso de México (*ibid.*).

Aunque en algunos casos existía alguna tradición manufacturera o pecuaria que ha servido de base y antecedente, la especialización es el resultado de una combinación y articulación de procesos locales desatados a partir de la pérdida de la viabilidad de la agricultura. De ese modo, los negocios son el resultado de la acción de personas y familias que sobre la marcha se han convertido en empresarios y propietarios de establecimientos de diferente talla y envergadura. Ellos controlan y organizan la actividad productiva: reciben pedidos o fabrican por su cuenta, poseen los locales y la maquinaria necesaria, organizan la producción o fabricación en sus establecimientos o se apoyan, de manera estable o eventual, en la producción de otros talleres y granjas y en el trabajo a domicilio; cuentan con establecimientos comerciales en sus localidades y otros ámbitos especializados; disponen de equipos y redes de distribución o han construido sistemas informales y formales de mercadeo de larga distancia. La nueva ruralidad ha construido redes para articularse, de la manera más eficiente y rápida posible, a las grandes vías de comunicación que vinculan las localidades con los grandes espacios y circuitos de consumo: las grandes ciudades, el norte del país.

La especialización ha desarrollado redes empresariales entre las localidades involucradas, por donde circulan flujos de información, maquinaria, materias primas, pedidos, préstamos, insumos varios (Arias y Wilson, 1997), lo que permite hablar de la emergencia de una nueva geografía manufacturera y pecuaria elaborada a partir de las redes, conexiones e intercambios entre

localidades especializadas similares. No sólo eso. La manufactura y la actividad pecuaria han construido espacios laborales y generado modalidades de trabajo acordes con los ritmos, las tendencias, continuidades y rupturas de cada actividad. A partir de esas peculiaridades, los empresarios han reconstruido o tejido redes en el espacio rural para asegurarse el abasto continuo de mano de obra, alimentos, productos, animales para sus establecimientos; así como para enviar lotes de trabajo, en forma de subcontratación, maquila o trabajo a domicilio, cuando les es necesario (*ibid.*).

De ese modo, las especializaciones manufacturera y pecuaria han ido formando y conformando una mano de obra, sistemas y relaciones de trabajo acordes con sus intereses, asumidos e integrados por los trabajadores del espacio rural. Las mujeres, que han sido hasta la fecha las principales reclutadas por la manufactura y las actividades pecuarias —en especial por el trabajo a domicilio y la cría doméstica de animales— han aprendido a adecuar sus quehaceres y rutinas para estar disponibles en las temporadas de intenso trabajo de talleres, fábricas y granjas. Ellas saben que ganan poco y que carecen de cualquier tipo de prestaciones, pero lo justifican en tanto no tienen que salir de sus hogares, no gastan en transporte y alimentación, pueden combinar el trabajo con el cuidado de los hijos y la atención de las tareas domésticas, trabajan acompañadas de parientas y vecinas y, muchas veces, el ingreso, precario pero constante, les ayuda a sobrevivir en medio de la incertidumbre e irregularidad de las remesas que envían esposos, maridos y hermanos desde Estados Unidos, desde alguna ciudad del país, sobre todo en la frontera norte.

Los empleos ofrecidos por la actividad especializada les permite algo crucial a las trabajadoras del espacio rural: obtener ingresos sin tener que migrar ni desplazarse largas distancias,

es decir, pueden permanecer en sus espacios habituales, donde suelen ser propietarias de casas y solares. La fortaleza de ese argumento se incrementa más aún en situaciones de alta incidencia de migración masculina; situación que deja a las mujeres a cargo de bienes y personas. Parece ser que la estrategia femenina es obtener ingresos a los menores costos económico y social posibles. Así las cosas, se ha delineado una cultura laboral, basada en el trabajo femenino de bajo costo, que articula espacios, prácticas y representaciones que garantizan la persistencia de la actividad especializada y la reproducción de su mano de obra en las localidades rurales.

Pero existe además otra forma de trabajo manufacturero, sobre todo femenino, en el mundo rural. Se trata de empresas urbanas —a veces nacionales, en ocasiones compañías internacionales— que, como parte de sus estrategias de relocalización han desplazado fases de los procesos productivos, por lo regular las que requieren de más mano de obra, a espacios rurales, en general pequeños, alejados, incomunicados. Son las maquiladoras en sentido estricto, es decir, establecimientos que se encargan de elaborar una parte de alguna prenda o artículo para otra empresa que se ubica en otro lugar.

La mayor parte de las maquiladoras, muchas de ellas de capital norteamericano vinculadas directamente a la exportación, se dedican a la confección de prendas de vestir, y, en menor medida, a la fabricación de partes electrónicas, calzado y muebles (Guerrero, 1999). A principios de la década de 1990, México ocupaba el séptimo lugar en la lista de los 10 principales exportadores de prendas de confección a Estados Unidos; en el año 2000 estaba en el primer lugar (Barrios y Santiago, 2003). Aunque hay que decir que eso se modificó, de nueva cuenta, en los años siguientes. De acuerdo con Barrios y Santiago (*ibid.*), entre junio de 2001 y julio de 2002, salieron de México 545 empresas

maquiladoras para instalarse en China y países de Centroamérica. Aunque no se tiene el dato de las maquiladoras rurales que migraron, información de trabajo de campo en Guanajuato muestra que después del 11 de septiembre de 2001, el trabajo a domicilio rural vinculado a la maquila de calzado se canceló y, cuando se reanudó, fue a un nivel menor y de manera más irregular que antes de esa fecha.

Las empresas maquiladoras se han instalado en localidades que forman parte de los espacios de alguna manufactura rural de las ya descritas y, a partir de la década de 1990, también en los nuevos parques industriales apoyados por algunos gobiernos estatales (*ibid.*). Pero en verdad, muchas de ellas prefieren ámbitos rurales exclusivos y alejados, por lo regular fuera de las cabeceras municipales. La razón es sencilla. Ese tipo de empresas elige espacios donde abundan las mujeres con necesidad de trabajar, lo cual no es difícil de encontrar; espacios que, además, suelen estar estrechamente vinculados con la migración masculina a Estados Unidos y, quizá cada vez con mayor frecuencia, con poblaciones de origen indígena (Barrios y Santiago, 2003; Guerrero, 1999).

Las maquiladoras prefieren —y por lo tanto buscan— poblaciones que carezcan de experiencias laborales y tradiciones organizativas, lo que las lleva a insertarse en espacios cada vez más recónditos de la geografía rural. En general, las maquiladoras se caracterizan por una notable movilidad espacial. Ellas dependen, en alto grado, de los cambios globales, lo que repercute de manera inmediata en las condiciones y relaciones laborales, por lo que requieren de enorme libertad para modificar los sistemas de trabajo y son extremadamente sensibles y renuentes a cualquier demanda que modifique las precarias relaciones laborales en que operan y prosperan (Guerrero, 1999). A diferencia de la actividad especializada endógena, el impacto de la maquila sobre la comunidad se restringe a los salarios directos que, como bien

han aprendido muchas mujeres del campo, no suelen ser de largo plazo.

En los casos de especialización endógena y de maquila, las trabajadoras viven y trabajan en sus espacios rurales tradicionales. Sin embargo, no se detectan grandes cambios en las actividades agrícolas locales. Si las familias poseen tierras o animales, los siguen trabajando pero sin modificar la escala ni los productos de la actividad agropecuaria. Menos aún cuando los hombres están fuera de la comunidad. La fuerte asociación de la maquila femenina con la migración masculina, sobre todo a Estados Unidos, aunado a lo pequeña y aisladas de algunas comunidades parece desanimar la intensificación o suscitar transformaciones en la actividad agrícola. Lo que llama la atención es que en muchas de esas localidades, los hombres siguen reportando como su actividad principal la producción agropecuaria (Guerrero, 1999).

Finalmente, hay que mencionar que existe, cada vez más, una producción rural de prendas de vestir; en menor medida, de productos de barro, asociados a la producción de artesanías tradicionales que se ha desarrollado sobre todo en comunidades indígenas de los estados de Chiapas, Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Quintana Roo (Aguirre, 2001; Aranda, 1990; Moctezuma Yano, 2002; Ramos y Tuñón, 2001).

En la mayor parte de los casos documentados se trata de la transformación de añosas tradiciones artesanales, es decir, de elaboración de artículos de uso cotidiano o ceremonial que han encontrado en el mercado turístico, en la promoción artesanal y en la búsqueda de oportunidades de trabajo para las mujeres, las posibilidades de un nuevo desarrollo para artículos hechos a mano o con técnicas tradicionales (Aguirre, 2001; Aranda, 1990, Escalona, 2001; Ramos y Tuñón, 2001). En algunos ejemplos, ha implicado una recuperación de tradiciones de producción, trabajo y mercadeo no agrícolas que habían sido severamente

afectadas por el proceso de sustitución de importaciones; en otros, se ha tratado más bien de un proceso de reinención de actividades y tradiciones. Porque de lo que se trata ahora es de producir, con técnicas y diseños tradicionales pero comerciales, objetos utilitarios para el mercado y, de esa manera, obtener ingresos constantes en efectivo (Diego, 2001, Escalona, 2001).

Las artesanas indígenas suelen organizarse en grupos comunitarios o cooperativas a través de las cuales obtienen materias primas, asesoría y potencian la comercialización de sus productos (Aguirre, 2001). Aunque la base de la producción son los grupos domésticos extensos donde al parecer impera la reciprocidad, no faltan las artesanas que se han convertido en “bordadoras más activas” como las llama Consepción Escalona (2001) que han podido comenzar a trabajar por su cuenta y a formar redes de producción dentro de la comunidad y de mercadeo fuera de ella (*ibid.*). Además, hay artesanas “por cuenta propia” que recurren al trabajo “por encargo”, modalidad que opera como una suerte de división del trabajo entre las artesanas (*ibid.*).

La artesanía en zonas indígenas se ha convertido en

una de las fuentes de ingresos más importantes, no tanto por el monto, sino porque es uno de los pocos trabajos remunerados que realizan las mujeres, además es la entrada de efectivo que se destina en su totalidad a la sobrevivencia familiar (Manzano, 2001: 182).

Como quiera, en varios de los ejemplos reseñados se advierte la fuerte tensión en las comunidades indígenas, donde la actividad artesanal a cargo de las mujeres ha ido ganando espacio en la dinámica económica local. Por una parte, han proliferado conflictos vinculados a la puesta en marcha de asociaciones colectivas relacionadas con la producción artesanal femenina (Aranda, 1990; Bonfil y Suárez, 2001). Por otra, se han incrementado las

tensiones familiares y conyugales asociadas a la develación o, si se quiere, a la imposibilidad de negar la existencia y relevancia que ha cobrado el trabajo femenino en la supervivencia de sus unidades domésticas (Moctezuma Yano, 2002).

En esas comunidades indígenas suele persistir la agricultura de autoabasto y comercial de pequeña escala como parte de las actividades masculinas (Bonfil y Suárez, 2001; Moctezuma Yano, 2002). Pero en varios ejemplos se advierte también el peso que ha cobrado en los últimos años la migración masculina indígena a Estados Unidos; esto da cuenta de la incapacidad de la agricultura para garantizar el sostenimiento de las familias indígenas en el campo. La migración masculina a Estados Unidos, que en muchos casos se perfila como definitiva, ha obligado a las familias a redefinir y jerarquizar quehaceres, lo que ha debilitado la actividad agrícola como parte de los quehaceres primordiales de la familia indígena rural (Marroni y D'Aubeterre, 2002; Moctezuma Yano, 2002).

En síntesis, la nueva ruralidad asociada a la especialización económica endógena de las economías rurales ha potenciado dos escenarios diferentes. El primer escenario es cuando la especialización se convierte en la principal actividad económica de una localidad de tal manera que logra redefinir los quehaceres locales en virtud de sus necesidades específicas; esta situación genera la aglomeración de actividades, recursos, habilidades, personal especializado. Aglomeración que, a su vez, suele dar lugar a la creación de nuevos negocios, a la apertura de nichos laborales y empleos específicos para la gente de las propias localidades y la región circundante.

De hecho, el éxito de la diversificación-especialización ha dependido, en buena medida, de la capacidad local de organizar el entorno rural en términos de las necesidades persistentes, pero cambiantes, de las empresas y negocios especializados. Como

consecuencia, se ha dado una nueva vinculación y una reorganización del espacio rural. El mundo rural se ha convertido así en un territorio atravesado y articulado con la vocación, las tendencias organizativas y los ritmos de trabajo de la especialización de que se trate. Esto tiene sentido sobre todo para las especializaciones endógenas y las artesanías.

El segundo escenario es el de la maquila que suele restringir su impacto a los ingresos en efectivo que aporta a las mujeres rurales, que no pueden prescindir de ellos, pero que tampoco pueden considerarlos como una opción laboral y una fuente de ingresos de largo plazo; menos aún, una actividad que ellas puedan reproducir. La abundancia y calidad de la mano de obra contrasta con la estrechez y la imposibilidad de potenciar los espacios locales como mercado, incluso para los productos agropecuarios de las localidades y microrregiones.

LA NUEVA RURALIDAD EN ESPACIOS METROPOLITANOS

Hoy se puede constatar que los estudios sobre el proceso de urbanización que se desató en América Latina a partir de la década de 1940 estuvieron asociados, durante mucho tiempo, a dos preocupaciones centrales: por una parte, a entender la dinámica y las peculiaridades que asumían la industrialización y las relaciones de trabajo en los crecientes contextos urbanos; por otra, a comprender las demandas y las luchas por el espacio y la vivienda urbanas que surgieron de manera explosiva en casi todas las grandes ciudades de la región (Alonso, 1980; Lomnitz, 1975; Schteingart y Graizbord, 1998).

Sin embargo, en los últimos tiempos los científicos sociales, los geógrafos en especial, han llamado la atención sobre la emergencia y la incidencia de dos fenómenos que obligan a modificar la manera de concebir lo urbano, así como la relación con el

campo y las actividades agropecuarias. Se trata de la conformación, a partir de las grandes ciudades, de espacios metropolitanos cada vez más amplios y complejos (Bataillon, 1999; Delgado *et al.*, 1999). En ambos casos se trata de procesos y fenómenos que ponen en entredicho las concepciones duales y las separaciones funcionales tradicionales entre el campo y la ciudad que eran, se suponía, las que pautaban y definían sus diferencias (Cruz, 2001; Ramírez y Arias, 2002). En la actualidad, la noción del campo asociada a actividades productivas primarias, y de la ciudad, como el ámbito privilegiado de la industria y la transformación ha sido irremediablemente rebasada: las transiciones económicas asociadas a las dinámicas globales, los cambios residenciales y culturales han modificado de manera rotunda los ordenamientos y asignaciones funcionales tradicionales. De esa manera, la formación de extensos espacios interconectados y la conformación de espacios metropolitanos pueden ser entendidos como la expresión espacial de la confluencia de fenómenos socioeconómicos y culturales relacionados y entreverados, que es preciso empezar a conocer, documentar, entender, definir.

En primer lugar, hay que tomar en cuenta la crisis del modelo de industrialización centralizado, concentrador y de gran escala (Sassen, 1999). Como sabemos, en la actualidad la producción manufacturera tiende a fragmentarse y dispersarse, situación que en el caso de México ha estimulado el desplazamiento o la instalación de establecimientos manufactureros muy diversos en ciudades medias, pequeñas y en el espacio rural (Arias y Wilson, 1997; Basaldúa *et al.*, 2001; Ramírez, 1995). No sólo eso. La nueva industrialización, señala Blanca Ramírez (2000) puede llegar a romper incluso vínculos tradicionales entre regiones para dar paso a vinculaciones que conforman nuevas regiones.

Así las cosas, hoy no es tan evidente como antes que la oferta de empleo manufacturero se reúna y concentre en las grandes

ciudades. Lo que se observa más bien es la proliferación de establecimientos fabriles de diferente escala y envergadura en diversas, muchas veces pequeñas localizaciones, donde confluyen cotidianamente trabajadores de espacios amplios y diversos. En las cercanías de Acxotla del Monte, en el estado de Tlaxcala, dice David Robichaux (2003) se habían instalado “nuevas fábricas textiles, además de industrias dedicadas a la producción de enseres domésticos, asientos para automóviles, loseta cerámica y componentes electrónicos” de manera que a mediados de la década de 1990, en ellas se ocupaba la población local, sobre todo los hombres. Así las cosas, el principio de que los trabajadores debían desplazarse, vivir incluso en la gran ciudad para encontrar trabajo en actividades manufactureras ha dejado de tener la vigencia que tuvo en décadas pasadas. Dos ejemplos: el desarrollo de actividades industriales en San Juan del Río, en el estado de Querétaro, ha generado empleo, sobre todo para los jóvenes, hombres y mujeres de comunidades rurales que acuden cada día a trabajar a las fábricas de esa pequeña ciudad. De esa manera, dicen López y Castillo “el trabajador no tiene que cambiar su lugar de residencia, ni desprenderse de su familia y comunidad por largos períodos” (1990: 38). Por su parte, hombres y mujeres de Totimehuacán se “desplazan a diario a trabajar a la ciudad de Puebla” (Mulhare, 2003: 269).

En segundo lugar, se advierte cada vez más el desplazamiento de la población de las ciudades, hacia espacios que forman parte de distintas jurisdicciones municipales y estatales. Ese proceso se ha nutrido tanto de los desplazamientos de las clases medias en desarrollos residenciales tipo suburbio, como de los de los sectores populares en busca, sobre todo, de vivienda propia, algo casi imposible de conseguir en la ciudad (Cruz, 2001; Delgado, 2003; Lindón, 1999; Nivón, 2000; Schteingart y Graizborg, 1999). La oferta de conjuntos habitacionales y de vivienda subsi-

diada promovida por el Estado se ha ubicado, en buena medida, en municipios conurbados con las grandes ciudades (Schteingart y Graizborg, 1999).

Con todos los matices del caso, el desplazamiento residencial de diferentes sectores sociales ha generado una demanda tan generalizada como inesperada y creciente de “servicios especializados para atender las necesidades de reproducción económica y cultural de los nuevos suburbanitas” (Nivón, 2000:61). De ese modo, en la periferia urbana donde se entreveran distintas entidades y municipios rurales, ha surgido una oferta de trabajo diversificada, sobre todo en la extensa franja de los servicios y el comercio. En general, parecería que la urbanización popular tiende a generar actividades de pequeña escala por cuenta propia, como misceláneas y comercios especializados en los mismos domicilios de las familias: misceláneas, peluquerías, papelerías, fotocopiadoras, tiendas de ropa y calzado (Schteingart y Graizborg, 1999).

La urbanización suburbana de las clases medias y alta, por su parte, suscita una amplia y consistente demanda de servicios personales: empleadas domésticas, choferes, trabajadores especializados (jardineros, carpinteros, pintores, electricistas, fontaneros, mecánicos). De nueva cuenta, en esos casos el empleo no se concentra, como antes, en las áreas centrales de la gran ciudad sino que se dispersa en una gran variedad de espacios. Se trata de empleos que puede ocupar la población rural sin tener que cambiar, necesariamente, de residencia. Hoy día la vinculación laboral entre la ciudad y su entorno se ha convertido en un asunto para investigar, más que en una verdad unívoca y evidente.

A esto hay que añadir, sin duda, el auge que ha cobrado entre las clases medias urbanas tener residencias fuera de la ciudad, “casas secundarias”, como se denominan en Francia, a las que los propietarios pueden acudir con regularidad. Ese fenómeno ha

potenciado la aparición de nuevas actividades y oportunidades para las comunidades rurales donde se asientan las casas y fraccionamientos de fin de semana, así como los lugares por donde transitan los visitantes y residentes temporales (Delgado, 2003; Estrada, 2003; López y Castillo, 1990).

Finalmente, un elemento crucial para la viabilidad de la metropolización y el desarrollo de nuevas espacialidades tiene que ver con las comunicaciones y el transporte (Delgado, 2003). La fragmentación residencial y laboral ha estimulado, en verdad ha hecho imprescindible, la extensión incesante de las rutas de transporte que comunican con la gran ciudad, pero que también han ido siguiendo los diversos, complejos, cambiantes desplazamientos de la población en las nuevas espacialidades que se van construyendo (Acuña y Graizborg, 1999; Bataillon, 1999, Delgado, 2003). Al mismo tiempo, las familias, del nivel que sea, han procurado contar con algún automóvil propio (Duhau *et al.*, 1998). De ese modo, la distancia y el tiempo han dejado de ser determinantes para inhibir los desplazamientos de la población por las zonas metropolitanas y los espacios articulados de múltiples y diversas maneras (Portal, 1997). Llama la atención que en el estudio de Martha Schteingart y Javier Camas (1998) los residentes de conjuntos habitacionales de la zona metropolitana de la Ciudad de México no mencionaran el transporte o las grandes distancias como motivo de insatisfacción respecto a los espacios metropolitanos donde habían llegado a vivir.

La expansión metropolitana ha terminado por encontrarse y entrecruzarse, de manera más evidente o, si se quiere menos velada que en décadas anteriores, con espacios rurales vividos, es decir, con asentamientos humanos viejos, comunidades campesinas con actividades, trabajos, cultura y trayectorias propias, con una historia de vinculación con la ciudad y sus entornos inmediatos. El encuentro —también los desencuentros (Nivón,

2000)—, de cualquier modo la convivencia inevitable en espacios compartidos ha obligado a las ciudades, pero sobre todo a las sociedades rurales involucradas a redefinir sus relaciones, interacciones, actividades y estrategias socioespaciales con la ciudad y su microrregión. Esa convivencia, que cancela pero al mismo tiempo inaugura oportunidades, ha significado para pueblos y comunidades rurales la emergencia de una nueva rusticidad, es decir, de nuevas maneras de ser, vivir, relacionarse en los espacios rurales y periurbanos que se han originado en torno a las grandes e incluso medianas ciudades del país.

Aunque todavía es escasa la evidencia etnográfica acerca de las modalidades precisas con que las familias de las comunidades rurales periurbanas se han enfrentado a los procesos actuales de metropolización, cambio y expansión urbanas, algo se puede decir. Sin duda, las reformas al artículo 27 constitucional que permitieron la venta de tierras han acelerado la apertura del mercado de tierra ejidal; tierras, que en muchos casos, se han transformado en suelo urbano, de alto y bajo costo, en las comunidades rurales (Cruz, 2001). Sin duda, la venta de tierra ejidal ha potenciado el crecimiento demográfico y la irregularidad de los asentamientos urbanos en muchas comunidades rurales (*ibid.*; Lindón, 1999). Crecimiento e irregularidad que están presionando los inventarios de recursos locales y están degradando, como nunca antes, los recursos ambientales que avalaban, entre otras cosas, las actividades agropecuarias de las comunidades rurales (Cruz, 2001). En 1977 en Totimehuacán, una comunidad rural del valle de Puebla . . .

. . . la agricultura constituía el oficio principal del 57% de la población económicamente activa...cuando en 1978 la comunidad perdió su fuente principal de agua de riego, la participación en la agricultura comenzó a menguar rápidamente (Mulhare, 2003: 268).

Sin embargo, lo que se ha observado también es una tendencia a preservar sus ejidos y a mantener actividades agrícolas en muchas de las comunidades rurales vinculadas a la gran ciudad. A fines de los años ochenta Szasz (1993) constató en Malinalco, en el Estado de México, la asociación entre la permanencia residencial de las familias en su comunidad y una elevada movilidad laboral de los miembros de cada familia campesina. Esa movilidad que lo mismo los llevaba a la ciudad de Toluca, al santuario de Chalma, a la Ciudad de México y otros centros urbanos de la misma región mexiquense. Al mismo tiempo, la autora constató que los flujos laborales extraregionales tenían mucho que ver con la búsqueda del mantenimiento de los quehaceres agrícolas, es decir, con la producción familiar de productos básicos de la dieta campesina.

En el otro extremo del Estado de México, los vecinos de San Pedro Ixayoc, un pueblo serrano del municipio de Texcoco, participaban cotidianamente de los mercados de trabajo del Distrito Federal y la ciudad de Texcoco sin dejar de ser campesinos que luchaban, incluso, por la apertura de nuevas tierras para la producción agrícola (Aldana, 1994). Algo similar reportó Cruz (1996) en la periferia urbana de la Ciudad de México. Allí, tanto los ejidatarios de Santo Tomás Chiconautla, en el municipio de Ecatepec, como los de San Nicolás Totolapan, en la delegación de Tlalpan, no sólo mantenían sus tierras en producción sino que habían echado a andar proyectos para mejorar su producción agrícola ejidal. En Totimehuacán, Puebla, “muchas familias realizan labores agrícolas como actividad complementaria, al estar produciendo maíz y manteniendo algunas vacas lecheras” (Mulhare, 2003: 269).

Hasta donde deja entrever la literatura, la actividad agrícola de las comunidades rurales periurbanas parecería estar orientada primordialmente a la producción de autoabasto familiar —maíz,

frijol, chile en especial— y también a productos comercializables en las ciudades (Cruz, 1996). En esos casos, la agricultura parece seguir siendo una actividad masculina viable. Sí, pero no suficiente. La información sugiere que los hombres necesitan además migrar, de manera estable o temporal, así como desplazarse y emplearse en sucesivos y diversos empleos y quehaceres en su microrregión rural y en las ciudades cercanas: albañiles, artesanos, comerciantes, jornaleros, leñadores, mineros (Estrada, 2003; López y Castillo, 1990; Mulhare, 2003).

Hasta la fecha la etnografía ha documentado la existencia, sobre todo en torno a la Ciudad de México, de ejemplos de persistencia y, quizás aún, de revitalización de quehaceres agropecuarios. Sin embargo, sabemos poco, muy poco todavía, sobre las modalidades y especificidades locales, sobre los acuerdos y prácticas familiares donde se intersectan las actividades agropecuarias con otros quehaceres, ingresos, desplazamientos de los diferentes miembros de las familias rurales. Lo que sí parece desprenderse de los recuentos etnográficos es que hoy la agricultura es la que se ha convertido en una de las actividades complementarias de la gente del campo.

Eso por una parte. Pero la literatura ha dado cuenta también de la creciente importancia de la participación de las mujeres en los mercados de trabajo perirurbanos y el peso decisivo de los ingresos femeninos en la supervivencia de sus familias. Szasz (1993) hizo hincapié en la generalización del trabajo remunerado femenino como un elemento crucial de la supervivencia de las familias campesinas en la región de Malinalco. Allí, ellas salían cotidianamente de sus comunidades a vender tortillas y frutas al santuario de Chalma. En otros casos, como en Tres Marías, localidad carretera del estado de Morelos ubicada a medio camino entre las ciudades de México y Cuernavaca, las mujeres se han especializado en la preparación de alimentos para los via-

jeros y visitantes de fin de semana (Estrada, 2003). Ellas trabajan en un espacio común, aunque de manera independiente, y son apoyadas por cónyuges e hijos, más incluso de lo que ellos están dispuestos a reconocer. En Tres Marías el abasto de productos —cecina, queso, crema— para la elaboración de los alimentos se realiza en una localidad del Estado de México. De esa manera, la actividad que desarrollan las mujeres en Tres Marías contribuye a la persistencia de quehaceres agropecuarios en otra región, en otro estado. En la comunidad campesina de El Cerrito, en el estado de Querétaro, las mujeres se habían convertido, en fechas recientes, en artesanas de productos de madera para el centro turístico de Tequisquiapan (López y Castillo, 1990).

Los espacios rurales que forman parte de espacios metropolitanos han visto llegar y prosperar una serie de actividades como la producción de hortalizas, flores y frutas que se basan en el trabajo femenino rural (Espinosa, 1996; Lara, 1999; Meza y Quijada, 2002). En los municipios de Tenango, Villa Guerrero y Zumpahuacán, en el Estado de México, Sara Lara (1999) documentó la transformación de una vieja tradición campesina de producción de flores en una actividad económica central de esas comunidades. De hecho, la llegada de empresas dedicadas a la producción de flores de exportación se debió, en mucho, a la existencia de una mano de obra femenina abundante y bien calificada en esa actividad que se practicaba tradicionalmente en el ámbito familiar (*ibid.*).

En dos ejidos próximos a la ciudad guanajuatense de Silao, pero también cerca de las ciudades de León, Irapuato y Guanajuato, Meza y Quijada (2002) documentaron que los hombres solían migrar por largas temporadas a la frontera norte o vivían toda la semana en la ciudad de León donde trabajaban como albañiles. Las mujeres, por su parte, acogían el trabajo a domicilio de calzado que les enviaban talleres de León y de San Francisco

del Rincón, o eran obreras en las empacadoras de hortalizas y frutas y en las maquiladoras instaladas a las orillas de la carretera Irapuato-Silao-León. La demanda diversificada de empleo femenino había dado lugar a una suerte de división del trabajo por estado civil: las mujeres casadas preferían el trabajo a domicilio y las solteras eran las que salían a trabajar cada día a las empacadoras y maquiladoras (*ibid.*). Hay que decir que la agricultura, a la que se dedicaba no más de un hombre de cada familia, se encontraba en una situación difícil: el ejido, que originalmente era de riego, había dejado de serlo por razones asociadas probablemente al deterioro de los acuíferos, y los campesinos estaban teniendo que aprender a ser agricultores de temporal (*ibid.*).

Parecería entonces que alrededor de las grandes e incluso medianas ciudades del país se ha reforzado un proceso de producción campesina, de mantenimiento de actividades agropecuarias en los espacios rurales. Pero se trata de actividades agropecuarias que coexisten y se combinan con desplazamientos laborales — masculinos y femeninos — por una amplia y cambiante región. La oferta de trabajo se ha multiplicado, pero también dispersado y fragmentado en espacios cambiantes a los que pueden acceder las poblaciones rurales de manera cotidiana sin tener que abandonar sus comunidades de origen.

La permanencia en las comunidades de origen supone a lo menos tres ventajas para la gente del campo: asegura el acceso a la vivienda propia o de muy bajo costo, garantiza el abasto de productos alimenticios básicos y contribuye al mantenimiento de las relaciones y tradiciones comunitarias. La residencia en las comunidades de origen y la persistencia de actividades agropecuarias de autoabasto y venta local pueden ser entendidas entonces como estrategias familiares eficaces frente a la volatilidad de los mercados de trabajo y la inestabilidad de los ingresos en efectivo que perciben los diferentes miembros de las familias. Frente

a mercados de trabajo cambiantes, móviles, precarios e inestables no resulta costeable el desarraigo rural, la salida de los terruños, el abandono definitivo de la actividad agropecuaria familiar.

De esa manera, la familia rural de hoy sobrevive a partir de una combinación compleja y cambiante, en el tiempo y en el espacio, de los ingresos y productos donde se integran las estrategias de producción y consumo que provienen de diferentes fuentes: quehaceres agropecuarios locales, ingresos de la migración que se orienta cada vez más a la frontera norte y hacia Estados Unidos, de los empleos asalariados y las actividades por cuenta propia que desempeñan hombres, mujeres y niños en los ámbitos domésticos y en los espacios metropolitanos. Esa es la nueva ruralidad que ha emergido en los espacios metropolitanos.

NOTA FINAL

En la actualidad, se constata, sin duda, la pérdida de las actividades agropecuarias como el eje central y articulador de la sociedad rural en México. Sin embargo, de manera paradójica, hoy existen quizá más condiciones y razones para no querer migrar de manera definitiva a las grandes ciudades del país. La crisis de las actividades agropecuarias, que significa al mismo tiempo el deterioro irremediable de los oficios masculinos rurales, ha tenido mucho que ver en la intensificación de la migración masculina a Estados Unidos. Podría decirse incluso que la migración masculina a Estados Unidos ha impedido entender y actuar frente a la pérdida de las actividades agropecuarias que eran el eje de los quehaceres masculinos en el campo mexicano. Los hombres, frente al ocaso de la actividad agropecuaria ligada a las relaciones de propiedad y usufructo de la tierra —que habían definido desde siempre la inserción económica, laboral y comunitaria— han optado más

por la emigración que por la búsqueda y construcción de opciones laborales en sus comunidades de origen.

De ahí que hayan sido las mujeres las que han buscado, promovido, aceptado, reinventado, resignificado diversas opciones laborales que les han permitido trabajar, obtener ingresos en efectivo y, al mismo tiempo, permanecer en sus comunidades a cargo de hijos, padres, suegros. La fuerte asociación entre migración masculina a Estados Unidos y diversificación del empleo local a cargo de las mujeres parece ser una característica adicional, pero clave, de la nueva ruralidad mexicana: la feminización de las tareas y los oficios rurales.

El ocaso o pérdida de las actividades agropecuarias tradicionales parecería particularmente intensa en las comunidades pequeñas de microrregiones alejadas donde suele prosperar la maquila. Allí, la venta, renta o abandono de las tierras ejidales y la pérdida de los quehaceres agropecuarios familiares parecen tendencias irreversibles. Pero ese proceso parecería darse también en espacios agrícolas privilegiados donde los pequeños productores han comenzado a ser desplazados por empresas agrícolas (Carton de Grammont, 1999). La actividad agropecuaria comercial depende cada vez más de grandes empresas articuladas en los niveles nacional e internacional (*ibid.*).

De manera paradójica, parecería que es en los espacios metropolitanos donde existen condiciones para mantener la propiedad ejidal y para mantener, quizá incluso acrecentar y diversificar, la producción agropecuaria. La demanda amplia y segmentada de los mercados urbanos, aunada a la conveniencia para las familias campesinas de producir alimentos de calidad, en vez de comprarlos, ha apoyado la persistencia o emergencia de actividades agropecuarias en las comunidades rurales que han pasado a formar parte de grandes espacios metropolitanos. En el mejor de los casos, las comunidades rurales podrían convertirse en pro-

veedoras privilegiadas de productos agropecuarios variados de las zonas metropolitanas y de mercados especializados.

Sin embargo, no es evidente que ese sea el rumbo que vayan a seguir los espacios rurales que han pasado a formar parte de espacios metropolitanos. La pérdida de viabilidad de la agricultura como eje de los quehaceres masculinos, aunado a los vacíos legales y la corrupción, han estimulado la venta —legal e ilegal— de tierras ejidales y de propiedad privada que se han convertido en suelo urbano. La urbanización irregular presiona de manera impresionante sobre los recursos agroecológicos locales, en especial sobre los usos de la tierra y el agua, lo que repercute de manera directa en la viabilidad de las explotaciones agrícolas que quisieran persistir. Por si fuera poco, las comunidades rurales carecen de poder para confrontar los intereses de las grandes ciudades, que lo mismo buscan lugares donde desplazar las actividades que ya no pueden persistir en ella (como los basureros) y extraer de las comunidades rurales los recursos que la ciudad requiere, en especial, suelo y agua para usos residenciales, cuando estos recursos son los que posibilitan la persistencia de las actividades agropecuarias en las comunidades rurales.

Hay que decir también que en los últimos años las especializaciones endógenas y las artesanías han sido perjudicadas, tanto por la apertura de mercados que ha hecho posible la llegada de productos extranjeros efectivamente competitivos con las manufacturas y productos especializados, como por la corrupción que instala, en los mercados, productos de procedencia ilegal que resultan altamente competitivos. La moneda está en el aire. Hasta ahora, los grupos locales han desarrollado diversas y sucesivas estrategias para defenderse y confrontar los nuevos escenarios, no siempre con éxito, casi siempre sin apoyo.

De ese modo, la nueva ruralidad que ha emergido, aunque de diferentes maneras, en distintos espacios de la geografía mexi-

cana, puede ser revertida y el mundo rural se verá confrontado, de nueva cuenta, a transiciones trastornadoras.

OBRAS CONSULTADAS

- Abrahamer Rothstein, Frances (2003). "Empleo flexible y cultura posmoderna: el impacto de la globalización en una comunidad rural en México". En: Bueno, Carmen y Encarnación Aguilar, coord. *Op. cit.* pp.155-168.
- Acuña, Beatriz y Boris Graizborg (1999). "Movilidad cotidiana de trabajadores en el ámbito megalopolitano de la Ciudad de México". En: Delgado, Javier y Blanca R. Ramírez, coord. *Op. cit.* pp.195-205.
- Aldana, Gerardo (1994). *San Pedro Ixayoc: un caso de proletarización incompleta*. México, UIA.
- Alonso, Jorge, ed. (1980). *Lucha urbana y acumulación de capital*. México, Ediciones de la Casa Chata.
- Aranda, Josefina (1990). "Género, familia y división del trabajo en Santo Tomás Jalieza". *Estudios Sociológicos*, vol. VIII, núm. 22. México, COLMEX. pp.3-22.
- Arizpe, Lourdes (1978). *Migración, etnicismo y cambio económico*. México, COLMEX.
- Arias, Patricia (1992). *Nueva rusticidad mexicana*. México, CONACULTA.
- _____ y Fiona Wilson (1997). *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Centre for Development Research.
- Barrera Bassols, Dalia y Cristina Oehmichen Bazán, ed. (2000). *Migración y relaciones de género en México*. México, GIMPTRAP-UNAM/IIA.

- Barrios Hernández, Martín Amaru y Rodrigo Santiago Hernández (2003). *Tehuacán: del calzón de manta a los blue jeans*. Tehuacán, Comisión de Derechos Humanos y Laborales del Valle de Tehuacán, A.C.
- Bartra, Roger (1974). *Estructura agraria y clases sociales en México*. México, Editorial ERA.
- Basaldúa, Manuel *et al.* (2001). *San Juan del Río, pasado y presente de la industria y sus actores*. Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro. Serie Sociales.
- Bataillon, Claude (1999). “En el corazón de la megalópolis, ciudades satélites”. En: Delgado, Javier y Blanca R. Ramírez, coord. *Op. cit.* México, Plaza y Valdés. pp.139-145.
- Bonfil, Paloma y Blanca Suárez, coord. (2001). *De la tradición al mercado. Microempresas de mujeres artesanas*. México, Gimtrap-Pemsa.
- Bueno, Carmen y Encarnación Aguilar, coord. (2003). *Las expresiones locales de la globalización en México y España*. México, CIESAS-UIA y Miguel Angel Porrúa.
- Carrillo Flores, Irma y Guadalupe Ruiz Cuéllar (1990). *Las maquiladoras a domicilio para las industrias del vestido y de la confección en Aguascalientes: una aproximación a su trabajo*. Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Centro de Artes y Humanidades. Reporte de Investigación núm.1.
- Canabal, Beatriz *et al.* (1992). *La ciudad y sus chinampas*. México, UAM-Xochimilco.
- Cento Bull, Anna y Paul Corner (1993). *From Peasant to Entrepreneur*. Providence, Berg Publishers Limited.
- Cesín Vargas, Alfredo *et al.* (2002). “Ganadería urbano-familiar y nueva ruralidad”. *Ciudades*, núm. 54, abril-junio. México, Red Nacional de Investigación Urbana. pp.15-20.
- Cruz Rodríguez, María Soledad (2003). “Presentación”. *Sociológica*, año 18, núm.51. México, UAM-Azacapotzalco. pp.5-10.

- Cruz Rodríguez, María Soledad (2001). *Propiedad, poblamiento y periferia rural en la zona metropolitana de la ciudad de México*. México, Red Nacional de Investigación Urbana, UAM-Azcapotzalco.
- _____ (1996). “La urbanización ejidal. El encuentro de dos procesos: el rural y el urbano”. En: Teresa, Ana Paula de y Carlos Cortés Ruiz, coord. *Op. cit.* pp.123-144.
- _____ y Alejandra Moreno (2002). “Áreas rurales, recursos naturales y ordenamiento urbano”. *Ciudades*, núm. 54. México, Red Nacional de Investigación Urbana. pp.21-28.
- Delgado, Javier (2003). “La urbanización difusa, arquetipo territorial de la ciudad-región”. *Sociológica*, año 18, núm. 51. México, UAM-Azcapotzalco. pp.13-48.
- _____ y Blanca R. Ramírez, coord. (1999). *Transiciones. La nueva formación territorial de la Ciudad de México*. México, Plaza y Valdés.
- Delgado, Javier *et al.* (1999). “La corona regional de la Ciudad de México. Primer anillo exterior en formación”. En: Delgado, Javier y Blanca R. Ramírez, coord. *Op. cit.* pp.171-193.
- Diego Quintana, Roberto (2001). “Bordando, tejiendo y moldeando vidas: mujeres artesanas y relaciones de género en el México indígena”. En: Bonfil, Paloma y Blanca Suárez, coord. *Op. cit.* pp.9-35.
- Dirección General de Estadística (1971). *IX Censo General de Población*. México, Secretaría de Industria y Comercio.
- Duhau, Emilio *et al.* (1998). “Bienes colectivos y gestión vecinal en los conjuntos habitacionales del Infonavit”. En: Schteingart, Martha y Boris Graizbord, coord. *Op. cit.* pp.183-339.
- Escalona Hernández, Concepción (2001). “La producción artesanal en los grupos domésticos de X-Pichil”. En: Bonfil, Paloma y Blanca Suárez, coord. *Op. cit.* pp.71-136.

- Espinosa, Rosa Aurora (1996). "Modernización y organización productiva en grupos de mujeres del sur de Guanajuato". En: Grammont, Hubert C. de, coord. *Op. cit.* pp.397-439.
- Estrada, Margarita (2003). "Venta de alimentos y organización familiar en Tres Marías, Morelos". *Estudios del Hombre*, núm.17. Guadalajara, CUCSH. pp.185-205.
- _____ (2002). "Nuevo orden rural: trabajo manufacturero y consumo". *Ciudades*, núm. 54, abril-junio. México, Red Nacional de Investigación Urbana. pp.29-34.
- Fua, Giorgio (1985). "La industrialización rural en los países de desarrollo tardío: el caso de noreste y del centro de Italia". *Investigación Económica*, 174, octubre-diciembre. pp.11-40.
- Guerrero Ortiz, Martha (1999). *Situación de género, cambios en la organización familiar y trabajo remunerado en la maquila en Villanueva, Zacatecas*. Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas/Facultad de Ciencias Sociales. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales.
- González, Luis (1989). "Gente del campo". *Vuelta* 151, junio. pp.22-29.
- Grammont, Hubert Carton de (1999). "La modernización de las empresas hortícolas". En: Grammont, Hubert Carton de *et al.*, coord. (1999). *Op. cit.* pp.3-22.
- _____ *et al.*, coord. (1999). *Agricultura de exportación en tiempos de globalización*. México, Universidad Autónoma de Chapingo, UNAM-CIESAS y Juan Pablos Editor.
- _____, coord. (1996). *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano*. México, UNAM y Plaza y Valdés.
- Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática (1990). *XI Censo General de Población y Vivienda 1990*. Aguascalientes, INEGI.
- Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática (2000). *XII Censo General de Población y Vivienda 2000*. Aguascalientes, INEGI.

- Lara Flores, Sara María (1999). "Flexibilidad productiva y trayectorias laborales: la floricultura de exportación en México". En: Grammont, Hubert Carton de *et al.*, coord. *Op. cit.* pp.285-310.
- Lindón Villoria, Alicia (1999). *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*. México, COLMEX, El Colegio Mexiquense.
- Lomnitz, Larissa A. de (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México, Siglo XXI Editores.
- López, Cecilia y Alfonso Castillo (1990). "Migración intermitente y cambio de sector productivo en dos comunidades rurales de la zona de Tequisquiapan-San Juan del Río, Querétaro". En: Mumert, Gail, ed. *Op. cit.* pp.19-43.
- Meza, Guadalupe y Guadalupe Quijada (2002). "Informe de trabajo de campo en dos ejidos de la microrregión de Silao". Guanajuato, Universidad de Guanajuato/Centro de Investigaciones Humanísticas.
- Manzano Cortés, Lily (2001). "Las artesanas de la Casa de la Noche. Análisis de una experiencia de trabajo con mujeres artesanas". En: Bonfil, Paloma y Blanca Suárez, coord. *Op. cit.* pp.137-183.
- Marroni, María da Gloria y María Eugenia D'Aubeterre, coord. (2002). *Con voz propia. Mujeres rurales en los noventa*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Massey, Douglas S. *et al.* (1991). *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*. México, Conaculta, Alianza Editorial.
- Moctezuma Yano, Patricia (2002). *Artesanos y artesanía frente a la globalización: Zipitajo, Patamban y Tonalá*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.
- Montoya Castro, Jacobo (1981). *Huexotla, un pueblo en transición (Estudio sobre la industria de la confección)*. México, Universidad Autónoma Chapingo.

- Mulhare, Eileen (2003). “Respetar y confiar: ideología de género versus comportamiento en una sociedad post nahua”. En: Robichaux, David, comp. *Op. cit.* pp.267-290.
- Mummert, Gail, ed. (1990). *Población y trabajo en contextos regionales*. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Nivón Bolán, Eduardo (2000). “Territorio y relaciones culturales en los suburbios de la ciudad de México”. En: Rosales Ortega, Rocío, coord. *Op. cit.* pp.53-75.
- Peña, Florencia y José Ma. Gamboa (1989). “Home-based Workers in the Garment Industry of Mérida, Yucatán, México”. *Latinoamericanist*, vol.24, núm.1. Florida, University of Florida, Center for Latin American Studies. pp.1-5.
- Portal Ariosa, María Ana (1997). *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, D.F.* México, UAM-Iztapalapa, Culturas Populares de México.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca (2003). “La vieja agricultura y la nueva ruralidad: enfoques y categorías desde el urbanismo y la sociología rural”. *Sociológica*, año 18, núm.51. México, UAM-Azcapotzalco. pp.49-71.
- _____ (2000). “Distritos industriales o metrópolis ampliadas. Una aproximación al caso de Querétaro”. En: Rosales Ortega, Rocío, coord. *Op. cit.* pp.239-263.
- _____ (1995). *La región en su diferencia: los valles centrales de Querétaro 1940-1990*. México, Editorial de la Red Nacional de Investigación Urbana.
- _____ y Patricia Arias (2002). “Hacia una nueva rusticidad”. *Ciudades*, núm. 54, abril-junio. México, Red Nacional de Investigación Urbana. pp.9-14.

- Ramos, Dora Elia y Esperanza Tuñón (2001). "De vasijas de uso a lámparas de ornato. Cambios en la alfarería y en la vida de las mujeres de Amatenango del Valle, Chiapas". En: Bonfil, Paloma y Blanca Suárez, coord. *Op. cit.* pp.415-441.
- Robichaux, David, comp. (2003). *El matrimonio en Mesoamérica ayer y hoy. Unas miradas antropológicas*. México, Universidad Iberoamericana.
- _____ (2003). "La formación de la pareja en la Tlaxcala rural y el origen de las uniones consuetudinarias en la Mesoamérica contemporánea: un análisis etnográfico y etnohistórico". En: Robichaux, David, comp. *Op. cit.* pp.205-236.
- Rosales Ortega, Rocío, coord. (2000). *Globalización y regiones en México*. México, UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- Rubio, Blanca (1987). *Resistencia campesina y explotación rural en México*. México, Ediciones ERA.
- Sassen, Saskia (1999). *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires, Eudeba.
- Saraví, Gonzalo A. (2003). "Efectos locales de la globalización: estrategias empresariales y estructura social en un distrito industrial (El caso de San Mateo, México)". En: Bueno, Carmen y Encarnación Aguilar, coord. *Op. cit.* pp.169-190.
- Schteingart, Martha y Boris Graizbord, coord. (1998). *Vivienda y vida urbana en la ciudad de México*. México, COLMEX.
- _____ y Javier Camas (1998). "Selección y análisis de seis conjuntos habitacionales en la zona metropolitana de la ciudad de México". En: Schteingart, Martha y Boris Graizbord, coord. *Op. cit.* pp.87-181.
- Szasz Pianta, Ivonne (1993). *Migración temporal en Malinalco*. México, COLMEX, El Colegio Mexiquense.
- Teresa, Ana Paula de y Carlos Cortés Ruiz, coord. (1996). *La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural*, vol.II. México, Plaza y Valdés Editores.

- Treviño, Sandra (1988). "Reflexiones sobre el trabajo a domicilio en la zona noreste de Guanajuato". *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18. México, COLMEX. pp.583-601.
- Vangstrup, Ulrik (1999). *Collective Efficiency of Efficient Individuals? Assessment of a Theory for Local Industrial Development and the Case of Regional Industrial Clusters in Mexico*. Copenhagen, Roskilde University, Department of Geography and International Development Studies. Tesis de doctorado.
- _____ (1995). "Moroleón: la pequeña ciudad de la gran industria". *Espiral*, vol. II, núm. 4. Guadalajara, Universidad de Guadalajara-CUCSH. pp.101-134.
- Vázquez García, Verónica (2000). "Género y migración. Actividades remunerativas de mujeres indígenas del sur de Veracruz". En: Barrera Bassols, Dalia y Cristina Oehmichen Bazán, ed. *Op. cit.* pp.281-295.
- Warman, Arturo (1980). *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*. 8.ed. México, Nuestro Tiempo.
- Wilson, Fiona (1990). *De la casa al taller*. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Womack, John (1969). *Zapata y la revolución mexicana*. México, Siglo XXI Editores.
- Zaragoza Vargas, Fernando (1991). "El desarrollo de la avicultura en torno a Tepatitlán de Morelos". *Carta Económica Regional*, núm.19. Guadalajara, INESER-Universidad de Guadalajara. pp.30-35.